

BAJADA DE LA RAMA EL VALLE



MARCO S

... las experiencias más intensas de su vida cotidiana y festiva. Mi pregón, pues, anunciará un modo de vida íntimo y no una versión idealizada. No voy a pregonar el pasado, como es usual en estas ocasiones, sino el presente.

PREGON DE SAN PEDRO 1986

D. ALBERTO GALVAN TUDELA

Me han pedido los vecinos del Valle de Agaete si aceptaba hacer el pregón. Pienso que no lo han hecho sólo porque soy de afuera, sino quizás, más bien porque desde hace cinco años, visito el Valle y hoy, como ellos dicen, "soy como uno más del pueblo". Por ello, mi voz, mis palabras, mi anuncio no van a estar teñidos de esa aureola romántica e idealista con la que los hombres de afuera perciben la realidad, la vida, y la fiesta de unas gentes. No vengo de afuera, sino "de dentro" del Valle, no soy uno de ellos pues allí no resido, pero, sin embargo, "me siento como uno de ellos", ya que he sido por algunos meses partícipe de sus fiestas, de sus rituales de paso, como las bodas y la muerte, de su indignación por haber sido marginados y minusvalorados, por haber establecido a través de mi trabajo de campo antropológico fuertes lazos de amistad y afecto con todos los que allí viven, ellos, la magia de sus campos, sus riscos, sus montañas, y su fiesta.

Por eso, mi anuncio, mi pregón de las fiestas de San Pedro, es el de alguien que no es de allí, pero ha compartido en las entrañas del Valle, las experiencias más intensas de su vida cotidiana y festiva. Mi pregón, pues, anunciará un modo de vida íntimo y no una versión idealizada. No voy a pregonar el pasado, como es usual en estas ocasiones, sino el presente.

Tres palabras definen el Valle: El Monte, la Salud, la Reciprocidad. Sin duda todo hombre y mujer del Valle se siente profundamente identificado con el paisaje, que constituye el elemento natural definidor de los habitantes del Valle. Ser del Valle es ser hijo de las montañas, de los riscos, del Pinar de Tamadaba como configurador y determinante del agua, del clima, de la salud. Mirar hacia el Monte forma parte de la percepción diaria de los hombres del Valle.

Pero, el Valle es algo más. Tiene el halo mítico para los que allí viven, para todos los hombres de las islas. Pues ha sido el Centro de Salud más importante del archipiélago, carácter que hoy intenta recuperar a través del Hotel de los Berrazales. El contacto con la naturaleza es la forma de recobrar la vida. El Valle parece así el paraíso perdido.

Pero si Monte y salud definen el Valle otro término, Reciprocidad completa, caracteriza a sus gentes. He estudiado la conducta social de muchos habitantes de los pueblos de las islas, pero nunca he encontrado el nivel de reciprocidad de la gente del Valle. Por reciprocidad entiendo ayuda mutua no sólo en las labores agrícolas, sino sobre todo ese "dones y contradones", de los períodos más críticos de su existencia; las bodas, los bautizos, y, sobre todo, la muerte.

Un pueblo en las entrañas de la naturaleza, lleno de vida, dador de salud, sin embargo, su fiesta de San Pedro está marcada por el pensamiento de la muerte. Pero la unidad de este pueblo en todas estas ocasiones queda expresada en la hospitalidad de sus hombres y mujeres durante las fiestas. Todo ello queda concretado en una actitud, en una persona, Tona, así la llaman, que recibe en su casa a familiares, y extraños que al amanecer, cuando como todos los días barre la acera de su casa, entra a cualquier romero o visitante que duerme para darle una taza de caldo.

La fiesta de la Rama del Valle de Agaete se celebra todos los años el día 28 de Junio, víspera de San Pedro. Pero el 27 de Junio es cuando se inicia el ritual, desde las 12 de la noche, hora en que los romeros suben al monte de Tamadaba a recoger la Rama. Una hora antes, comienza la despedida de los romeros. Desde la Plaza de San Pedro la Banda de Agaete, en su versión de Guayedra, comienza a tocar. la gente se reúne para bailar. Baila con los brazos en alto, en corro. Este acto se denomina "Despedida de los Romeros". En el Sabillo, al son de la música se van congregando los romeros, vecinos y visitantes para proceder a la Subida a Tamadaba. Se hace una hoguera, se tiran voladores y la caracola suena anunciando la partida. Unos años a la luz de la luna, otros con linternas o los mecheros encendidos, los romeros hacen la subida. La ascensión se hace por un camino que conduce a parajes de cultivos, eras y frutales. Se pasa así por la era y la Acequia del Molino, por la Goteira, por las Cuevas de Berbique.

Con el amanecer, sobre las seis y media, tras haber descansado en el Cejo de los Halcones, se termina la subida. Y mientras los iniciados, los jóvenes romeros "buscan la rama" de pino y de poleo, hoy escaso, en lugares de difícil acceso, los demás acuden allí donde está cortando la rama de pino, eucaliptus... el guardamontes, para confeccionar su ramo atado con hojas tiernas de eucaliptus o tomiza llevada a propósito por los romeros viejos. Al coger la Rama, los romeros gritan, chillan "los ajijides", con un ¡Viva San Pedro bendito!.

Inmediatamente comienza la bajada de la Rama. Los romeros escogen el camino más rápido y directo. Es decir, el de la Tubería. Son las ocho de la mañana. Todos confluyen en la Era de Berbique. Si la recogida o la búsqueda de la Rama es valorada por los romeros como uno de los momentos más importantes del ritual, no lo es menos éste. Allí se concentran los romeros que salieron la noche anterior con el grueso de la

Tres palabras definen el Valle: El Monte, la Salud, la Reciprocidad. Sin duda todo hombre y mujer del Valle se siente profundamente identificado con el paisaje, que constituye el elemento natural definidor de los habitantes del Valle. Ser del Valle es ser hijo de las montañas, de los riscos, del Pinar de Tamadaba como configurador y determinante del agua, del clima, de la salud. Mirar hacia el Monte forma parte de la percepción diaria de los hombres del Valle.

Pero, el Valle es algo más. Tiene el halo mítico para los que allí viven, para todos los hombres de las islas. Pues ha sido el Centro de Salud más importante del archipiélago, carácter que hoy intenta recuperar a través del Hotel de los Berrazales. El contacto con la naturaleza es la forma de recobrar la vida. El Valle parece así el paraíso perdido.

Pero si Monte y salud definen el Valle otro término, Reciprocidad completa, caracteriza a sus gentes. He estudiado la conducta social de muchos habitantes de los pueblos de las islas, pero nunca he encontrado el nivel de reciprocidad de la gente del Valle. Por reciprocidad entiendo ayuda mutua no sólo en las labores agrícolas, sino sobre todo ese "dones y contradones", de los períodos más críticos de su existencia; las bodas, los bautizos, y, sobre todo, la muerte.

Un pueblo en las entrañas de la naturaleza, lleno de vida, dador de salud, sin embargo, su fiesta de San Pedro está marcada por el pensamiento de la muerte. Pero la unidad de este pueblo en todas estas ocasiones queda expresada en la hospitalidad de sus hombres y mujeres durante las fiestas. Todo ello queda concretado en una actitud, en una persona, Tona, así la llaman, que recibe en su casa a familiares, y extraños que al amanecer, cuando como todos los días barre la acera de su casa, entra a cualquier romero o visitante que duerme para darle una taza de caldo.

entran en la comitiva los papahuevos de Agaete. La gente observa en las orillas; los niños con los brazos en alto, a la pelea de sus padres, participan del ritual. Pasado el Sabillo, el cansancio parece poder más que la Rama, pero el pizco de ron, el stress, la comunicación de los romeros y, sobre todo, el olor penetrante a poleo los mantiene bailando de modo electrizante. Se llega al casco de San Pedro y cada vez baila más gente, tratando que los músicos vayan más despacio, ya que la llegada a la Plaza significa el final de la Rama. Alrededor de las tres y media o cuatro de la tarde, San Pedro en la puerta de la iglesia recibe a su pie los ramos, quedando materialmente tapado por la Rama. Sólo el poleo y el laurel serán depositados en las casa para las gripes y condimentar la comida.

En la Rama el stress forma parte del ritual, sólo amortiguado por el cambio de ritmo al son del tambor, y el pizco de ron carta de oro. Para muchos es como un proceso de liberación. Es una eclosión de la sensualidad, acompañado de calor, luz, color y el olor penetrante del poleo. Es prácticamente un "proceso de posesión", de desgarramiento corporal, más aún de catharsis a través de la identificación con la Rama.

El día de la Rama es el más importante del año y marca el comienzo y el término del ciclo anual. Es el acontecimiento que preside el tiempo de los hombres del Valle. Pero, a su vez, como toda fiesta patronal se proyecta en el pasado. Es el momento de unión de la comunidad de los vivos y de los muertos en el recuerdo, en la promesa.

"En esa noche del Tamadaba no hay quien pueda conmigo, dicen los romeros. Porque sientes que el alma te crece 10 metros". El Pinar, como la Rama es algo sagrado, algo mítico. En su contacto los romeros se sienten gigantes.

La fiesta de la Rama expresa hoy un mecanismo de identidad local. A través de la fiesta de la Rama, los hombres y mujeres del Valle se sienten unidos, se sienten diferentes del mundo exterior.

La Rama del Valle, como la de Agaete y la de la Aldea se ha interpretado como una reminiscencia de una institución aborígen, según la cual las Harimaguadas bajaban con el pueblo portando palmas y pidiendo el agua al tocar el mar. Tenga o no la Rama actual una conexión histórica con ella, es indudable que goza de una magia, de un "espíritu" extraño y sobrecogedor.

Quizás esta sea una de las fiestas que no sirve para contar, sino que solamente sirve para vivir. Por eso pido que se acerquen al Valle de Agaete y convivan con estos hijos del Monte, de las Montañas, de la Naturaleza, de la Salud, el momento más importante del año.

La fiesta de la Rama del Valle de Agaete se celebra todos los años el día 28 de Junio, víspera de San Pedro. Pero el 27 de Junio es cuando se inicia el ritual, desde las 12 de la noche, hora en que los romeros suben al monte de Tamadaba a recoger la Rama. Una hora antes, comienza la despedida de los romeros. Desde la Plaza de San Pedro la Banda de Agaete, en su versión de Guayedra, comienza a tocar. La gente se reúne para bailar. Baila con los brazos en alto, en corro. Este acto se denomina "Despedida de los Romeros". En el Sabillo, al son de la música se van congregando los romeros, vecinos y visitantes para proceder a la Subida a Tamadaba. Se hace una hoguera, se tiran voladores y la caracola suena anunciando la partida. Unos años a la luz de la luna, otros con linternas o los mecheros encendidos, los romeros hacen la subida. La ascensión se hace por un camino que conduce a parajes de cultivos, eras y frutales. Se pasa así por la era y la Acequia del Molino, por la Goteira, por las Cuevas de Berbique.

Con el amanecer, sobre las seis y media, tras haber descansado en el Cejo de los Halcones, se termina la subida. Y mientras los iniciados, los jóvenes romeros "buscan la rama" de pino y de poleo, hoy escaso, en lugares de difícil acceso, los demás acuden allí donde está cortando la rama de pino, eucaliptus... el guardamontes, para confeccionar su ramo atado con hojas tiernas de eucaliptus o tomiza llevada a propósito por los romeros viejos. Al coger la Rama, los romeros gritan, chillan "los ajijides", con un ¡Viva San Pedro bendito!.

Inmediatamente comienza la bajada de la Rama. Los romeros escogen el camino más rápido y directo. Es decir, el de la Tubería. Son las ocho de la mañana. Todos confluyen en la Era de Berbique. Si la recogida o la búsqueda de la Rama es valorada por los romeros como uno de los momentos más importantes del ritual, no lo es menos éste. Allí se concentran los romeros que salieron la noche anterior con el grueso de la

entran en la comitiva los papahuevos de Agaete. La gente observa en las orillas; los niños con los brazos en alto, a la pelea de sus padres, participan del ritual. Pasado el Sabillo, el cansancio parece poder más que la Rama, pero el pizco de ron, el stress, la comunicación de los romeros y, sobre todo, el olor penetrante a poleo los mantiene bailando de modo electrizante. Se llega al casco de San Pedro y cada vez baila más gente, tratando que los músicos vayan más despacio, ya que la llegada a la Plaza significa el final de la Rama. Alrededor de las tres y media o cuatro de la tarde, San Pedro en la puerta de la iglesia recibe a su pie los ramos, quedando materialmente tapado por la Rama. Sólo el poleo y el laurel serán depositados en las casa para las gripes y condimentar la comida.

En la Rama el stress forma parte del ritual, sólo amortiguado por el cambio de ritmo al son del tambor, y el pizco de ron carta de oro. Para muchos es como un proceso de liberación. Es una eclosión de la sensualidad, acompañado de calor, luz, color y el olor penetrante del poleo. Es prácticamente un "proceso de posesión", de desgarramiento corporal, más aún de catharsis a través de la identificación con la Rama.

El día de la Rama es el más importante del año y marca el comienzo y el término del ciclo anual. Es el acontecimiento que preside el tiempo de los hombres del Valle. Pero, a su vez, como toda fiesta patronal se proyecta en el pasado. Es el momento de unión de la comunidad de los vivos y de los muertos en el recuerdo, en la promesa.

"En esa noche del Tamadaba no hay quien pueda conmigo, dicen los romeros. Porque sientes que el alma te crece 10 metros". El Pinar, como la Rama es algo sagrado, algo mítico. En su contacto los romeros se sienten gigantes.